

Vengo sin cita

Historias inconfesables de un médico de familia

FERNANDO FABIANI

CON ILUSTRACIONES DE
LAURA SANTOLAYA



CON SECCIÓN INVITADA DE
edijoelpaciente

CON PRÓLOGO DE
MANU SÁNCHEZ

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Clara y Alba: vuestras risas son las más bonitas que ja-
más pude provocar.*

«Los médicos no salvamos vidas. Solo cambiamos la causa de la muerte y, en el mejor de los casos, la retrasamos».

ANÓNIMO

CON UN POCO DE AZÚCAR

PRÓLOGO by Manu Sánchez

Yo me había quedado literalmente mudo en mitad de una función, la temporada estaba siendo dura entre tele, radio y teatro, la voz llevaba semanas fallando y uno a esas cosas no les hace caso cuando está entre joven y niño, que eso de los médicos es cosa de tu abuelo y cuando uno está nuevo, el cuerpo lo aguanta todo. Aquel día todo aquello cambió, no me salía ni una palabra, sin embargo las lágrimas se me escapaban solas, y aquel teatro enmudeció conmigo, hubo que suspender la gira, la radio y la temporada; y allí me encontraba yo esperando el diagnóstico del doctor que acaba de meterme una camarita por la nariz para mirarme la garganta, algo que aunque no veía lógico, me callé, vaya a ser que por hablar procedieran por colonoscopia.

Aquel doctor dijo un montón de cosas que no olvidaré en la vida, el desastre fue antológico y la primera *corná* fue sin anestesia:

—No hay por qué preocuparse, no tiene por qué ser cancerígeno.

A lo que yo le contesté que esas dos cosas juntas iban a ser imposible, que «o no tenía que preocuparme» o no te-

nía que haber dicho eso de «no tiene por qué ser cancerígeno», pero que las dos cosas a la vez no nos iban a salir, ni a mí ni a mi madre. Quien, por supuesto, venía conmigo, porque al médico no se va solo si tu madre puede evitarlo; ella está convencida de que le explica al médico mucho mejor lo que a ti te pasa y localiza mucho mejor que tú el dolor o la molestia que tú sientes. Y en el fondo la señora puede que lleve hasta razón. Que si tú lo pasas mal cuando estás enfermo, imagínate tu madre, que tiene un hijo malo. Y es que, efectivamente, no eran más que unos nódulos, pero no me digan ustedes que la forma de explicarlo no acojonaba un poquito. Es como si yo al entrar en la consulta con mi santa progenitora, le hubiese dicho al doctor:

—Es mi madre, no se preocupe que no apuñala.

Y es que aquel doctor dijo un montón de cosas que no olvidaré en la vida, el desastre fue antológico y la segunda corná... fue de jugarme la vida:

—Lo que sí habrá es que operarlo, aunque igual no queda bien. Pero vamos, que lo más que puede pasar es que le afecte al habla, pero quitando eso, usted podrá seguir haciendo su vida normal. —Y se quedó tan tranquilo.

Y a ver cómo le explicaba yo que, aunque él no lo entendiese en la vida, la tontería esa de hablar es lo único que yo sabía hacer en la mía y que como me dejase mudo, además de parado me dejaba condenado a darme de alta en un gimnasio del tirón, porque yo sin poder piar carecía de poderes, y me dejaba indefenso ante cualquier damisela por culpa de la talega. El drama era completo, la situación desastrosa, el médico pura empatía y la cara de mi madre, un desencaje digno de libro de anatomía. Pero tengo que reconocer que toda aquella situación me llegó a cambiar la vida. Descubrí que el cuerpo es un templo y hay que cuidarlo, que la juventud un tesoro que se agota, que la salud

es un regalo que nunca hay que dejar de agradecer, que estar bien es mucho mejor que estar mal, que a mi madre le duele más cuando algo me duele a mí que cuando le duele a ella, que la línea más corta en el cuerpo para acceder de un punto a otro con la de agujeros que hay no es la línea recta y que muchos médicos saben de medicina pero qué importante es dar con uno que sepa de darte vida. Aquel día aquel doctor mitad otorrino, mitad psicólogo sin querer me regaló dos lecciones fundamentales: la primera, que si me quedaba mudo era una gran idea ponerme a escribir, y la segunda, que yo aquel sitio no lo pisaba más en la vida.

Y aquí me encuentro desde entonces, además de hablando como siempre (porque después encontré al doctor Soldado, que me solucionó la vida y los nódulos), escribiendo como nunca, ya que soy «juntaletras» por empujón facultativo. Un mal médico me empujó a ello en su día y al de hoy, varios años y escritos después, un gran doctor me invita a hacerlo para los suyos. El cambio es considerable y la diferencia, un mundo. De la cara menos sensible del doctor que trata a sus pacientes como si fuéramos números a esta joya no de la medicina, que también, sino de la sensibilidad, del sentido del humor, de la empatía, de la psicología, de la observación, de la verdadera humanidad y, ya que estoy calentito, lo diré: hasta de la literatura.

Que ya lo dijo Mary Poppins, gran filósofa del siglo xx, denostada por esa inquisición con guasa y mala baba de la heterodoxia más universitaria, perseguida por los coñazos más académicos y oficiales: «Con un poco de azúcar esa píldora que os dan, la píldora que os dan, la píldora que os dan entrará mucho mejor... y satisfechos quedareis».

Y es que no hay mejor azúcar que el humor para que la píldora pase, no hay mejor forma de contar todo lo que se cuenta en este libro y no hay mejor herramienta para no ol-

vidarlo nunca que recordar cada página entre sonrisas, y es que nuestro doctor y Mary Poppins sencillamente son dos genios que nos hacen el mundo mejor. Con la diferencia de que nuestro doctor es y será reconocido siempre como un gran médico y un respetado escritor y a la pobre de Mary nadie la toma en serio porque después de su gran frase empezaba con el «chinchimelín» y las pamplinas y lo que ganaba por un lado lo perdía por otro, la *joia* torpe.

Este libro te hará volver a creer en los médicos, en la medicina, en las personas, en George Clooney, en House, en Chechu de *Médico de Familia*, en el actor de *Hospital Central* —que salía cada diez capítulos haciendo de un enfermo diferente—, en los pacientes, en que la vida es mejor con risas, en la genialidad de la gente, en lo hermoso del error, en lo mágico del acierto, en lo insuperable de lo sencillo, en lo sublime de lo inesperado, en la destemplanza, en el hueso cuqui, en el orgullo de nuestros médicos, en los fonendos fríos que piden un golpetazo de microondas, en el inexplicable Espidifen para las resacas con sabor a anís, en esa gente a la que le da *namás* que una *mijita* de *cogestión* y una poquita de depresión, sabrás que no hay nada más duro que la dieta blanda y, sobre todo, te divertirás y aprenderás descubriendo que no hay nada más paciente que un médico.

Y es que este libro no es un medicamento; léalo detenidamente, sin instrucciones, disfrute su uso y, en caso de risa, recomiéndelo, sin duda..., a sus amigos, sus pacientes, a su médico, sus especialistas, su cuñado, su vecina y hasta a su farmacéutico. Este libro no es un medicamento, abuse de su ingesta, adelante sus tomas; si se salta alguna, en la próxima lea el doble, o el triple... ¿Quién dijo miedo?... Este libro no es un medicamento, pero cura que da gusto. Y es que este libro no es un medicamento porque es mucho más que eso, este libro es... salud, este libro... es vida. Alárguese la suya por prescripción médica. Disfrute sus

efectos secundarios, abuse del uso utópico. Aleje con este tratamiento su próxima visita al doctor, aproveche esta ocasión en la que es el médico quien se ha presentado sin cita para salvarnos la vida. Y es que el humor es el mejor tratamiento para el alma, sí, pero el alma viene con cáscara y esa cáscara es el cuerpo, un cuerpo que vive un poco más sano cada vez que el alma sonrío... ¡¡Que no es lo mismo no estar muerto que estar vivo!!!... Así que no se lo piense e intervengamos sin anestesia, extírpese esa manchita de malaje que siente de vez en cuando, que eso al final da la cara; no abusen de academicistas, que eso acaba haciendo bola; no sean gangrenas ni confundan serio con triste, devoren esta joya que les hará felices, cúrense con este regalo el alma y el cuerpo y para ello entréguense a sus páginas en cuerpo y alma. ¿O va a resultar que sabes tú ahora más que el médico?

Fdo: Uno que nunca entendió por qué la madre le ponía supositorios de pequeño porque el efecto era más rápido si yo lo que tenía era fiebre, no prisa. Que admira a cada médico como si fueran ángeles y que no entiende por qué los malos de las pelis son siempre «doctores» cuando los Doctores son los auténticos superhéroes... Y que vive feliz y orgulloso de formar parte de este libro, de esta aventura y de su autor... Por andaluz, por brillante y por médico. Que mira si un médico es grande... que cuando estás enfermo solo llamas a tu madre... y cuando llega tu madre es para decirle que llame al médico.

¡Que pase el siguiente!

DON TEO

Me llamo Teodoro Jarcia, Teo para los amigos, Teodoro para mi madre, doctor Jarcia para algunos pacientes, don Teo para la mayoría de ellos y chiqui para mi mujer, aunque acabo de cumplir cuarenta años.

Soy médico de familia, tras varios años trabajando en urgencias hospitalarias decidí ejercer mi profesión en la atención primaria, con mis pacientes, para los que soy «su médico», el de toda la vida.

En el ecuador de mi vida (espero cumplir los ochenta pese a no tomarme el Danacol de cada día ni fortalecer mis defensas con Actimel) miro hacia atrás y veo no solo la mitad de mi vida, es lo que tiene el ecuador, sino hasta qué punto la medicina ha cambiado mi forma de vivir.

Ahora bien, si te esperas un médico de los del cine y la televisión... siento defraudarte. Ser médico no es ser House (no todo es lupus) ni Grey (ni el de la anatomía, ni el de las cincuenta sombras) ni George Clooney (aunque tengo mi público, no creas)... Tampoco ser médico es ser Dios (afortunadamente). Es ser una persona bastante normal y, siendo médico de familia, tirando a hippie. Algo muy lejos de lo que era ser médico hace cuarenta años cuando llegué a este mundo llorando como un berraco (mi madre me tuvo escondido dos meses para que no me vieran porque era

muy feo, no quería que nadie me viera así, ¿no es para quererla?). Y no es que me queje, porque nada es como entonces. En aquel tiempo en el pueblo había tres personas importantes y respetadas: el alcalde, el cura y el médico. Ahora el alcalde es corrupto, el cura no tiene fieles y el médico se llama... Google. Sí, Google. Porque si antes en las casas no faltaban tres libros: el diccionario (o «la Larousse» en las casas pudientes), el *1080 recetas de cocina* (nunca entendí las ochenta) y la Enciclopedia de la Salud, ahora todo se resuelve con Google. Y el paciente consulta a Google y después va a al médico a por una segunda opinión.

¿Imaginas lo que es ejercer hoy en día de médico a la sombra de Google, sin el caché de House, el látigo de Grey ni el glamour de Clooney y con un fonendo como único instrumental? No lo imagines... Pasa la página y descúbrelo.

LA MALDITA PASTILLA AZUL (Y NO HABLO DE VIAGRA)

Echando de menos a Morfeo

Y es que ser médico es algo que no tiene vuelta atrás. Como lo de la pastilla roja y la pastilla azul de *Matrix*, ¿te acuerdas? Ese tripi que si te lo tomas, de repente te enteras de todo y ya no puedes volver a vivir como antes porque sabes que te encontrabas en un huevo lleno de moco y enganchado por la nuca con un pincho como el de los cascos de música pero tamaño XL. Solo que aquí, al inicio de la carrera, no está Morfeo para avisarte de que la decisión no tiene marcha atrás. Aquí solo te encuentras a tu madre que te dice: «Uy, ser médico es estar toda la vida estudiando». No, nadie te avisa de que elegir Medicina no tiene retorno.

- Ya no puedes quedarte callado en la sombra cuando se oye: «¿Hay algún médico en la sala?» (aunque nada te impide aguardar en silencio cuatro o cinco segundos por si hay otro médico que alza la voz antes que tú y eso que te ahorras).

- Ya no puedes evitar las consultas de tus amigos/conocidos/vecinos de sombrilla, que en cualquier momento te saltan con: «Oye, esta mancha que tengo aquí, ¿cómo lo

ves?». Tengo un sistema infalible, siempre respondo muy serio: «Uy, esa es la manchita de la muerte, cógete las vacaciones que las pierdes». Normalmente captan el mensaje.

- Ya no puedes sentir un síntoma (o que lo tenga un conocido) y no ponerte directamente en lo peor. Porque sí, señores, sí. Aunque los médicos no soportemos a los hipochondriacos (más que nada por el trabajo que dan los muy cansinos), nosotros somos los peores. Es lógico, sabemos toodo lo que puede ocurrir. Vamos, que a ti tu médico te dice: «Tranquilo, tómate esto y sin problemas» y tú ¡te quedas tranquilo! (y bien que haces). Pero una vez que eres médico no es tan fácil, aunque nos lo digan pensamos: «Ya, salvo que se complique con..., o con..., o pase lo de...». Y es que es terrible. Recuerdo las clases de tumores en la facultad (da envidia no ir a esas clases, ¿eh?) en las que tras repasar unos veinticinco tumores diferentes que pueden afectar solo a la piel y las uñas, salías pensando que por simple probabilidad debías tener al menos un par de ellos. Tu pensamiento más repetido en todas las clases era: «Eso lo tengo yo» (cardiología, urología, digestivo, dermatología..., yo solo estaba relajado en ginecología).

- No puedes evitar ser «el médico de tu casa»^[1]. Y es que lo de que haya un médico en casa está muy bien, salvo si lo eres tú. Es como una casa con piscina donde hacer barbacoas: lo ideal no es tenerla tú sino que la tenga tu amigo. Tú vas, te pegas un baño, te pones hasta arriba de costillas..., y a cargar con la casa, limpiarla, arreglar la depuradora y pagar la hipoteca, tu amigo. Pues eso. Tener un médico en casa está bien, puedes consultarle y tal, pero ser tú el consultado, sobre cualquier cosa y a cualquier hora del día, como que no. «Me duele la cabeza», «Mira lo que me ha salido en la pierna», «La niña tiene una tos muy fea» (¿las hay bonitas?), «La vecina ha traído los análisis, que le han salido muchos asteriscos, para que se los mires un momento», «Llama a tu prima que le ha salido un cuerno», «Lo

de Marichalar ¿a ti qué te pareció?». ... Pero si hay algo realmente especial es ser hijo médico. Tu madre se mueve entre el orgullo materno de «Mi hijo es médico», «Qué bueno es mi hijo», «Míralo, qué bien me ha salido el niño» y la desconfianza de «¿Tú estás seguro?», «Pregúntaselo a un médico amigo tuyo», «¡Para ti nunca nada es importante!». Tu madre, irremediabilmente, se convertirá en la principal usuaria del refrán: «En casa de herrero cuchara de palo» (¿o era cuchillo?). Así puede mirarte fijamente y decirte:

—Un día me moriré y verás.

—Claro, mamá, un día te morirás, y yo, y todos. Si todos los días dices que te mueres, al final, justo al final, tendrás razón.

